

Desde meses atrás no se hablaba en Pago Chico sino de los robos de hacienda, las cuatrерías más o menos importantes, desde un animalito hasta un rodeo entero, de que eran víctimas todos los criadores del partido, salvo, naturalmente, los que formaban parte del gobierno de la comuna, los bien colocados en la política oficial, y los secuaces más en evidencia de unos y otros.

La célebre botica de Silvestre era, como es lógico, centro obligado de todo el comentario, ardoroso e indignado si lo hay, pues ya no se trataba únicamente de principios patrióticos: entraba en juego y de mala manera el bolsillo de cada cual.

Por la tarde y por la noche toda la “oposición” desfilaba frente a los globos de colores del escaparate y de la reluciente balanza del mostrador, para ir a la trastienda para echar un cuarto a espadas con el fogoso farmacéutico, acerca de los sucesos del día.

--A don Melitón le robaron anoche, de junto a las mismas casas, un padrillo fino, cortando tres alambrados.

--A Méndez le llevaron una puntita de cincuenta ovejas Lincoln.

--Fernández se encontró esta mañana con quince novillos menos, en la tropa que estaba preparando.

--El comisario Barraba salió de madrugada con dos vigilantes y el cabo, a hacer una recorrida...

Aquí estallaban risas sofocadas, expresivos encogimientos de hombros, guiños maliciosos y acusadores.

--Él mismo ha'e ser el jefe de la cuadrilla -murmuraba Silvestre, afectando frialdad.

--¡Hum! -apoyaba Viera, el director de *La Pampa*, meneando la cabeza con desaliento-. Cosas peores se han visto, y él no es muy trigo limpio que digamos...

--¡Él! -gritaba don Ignacio, caudillo opositor... todavía--. Es un peine que ni caspa deja. ¡Y cómo está pelechando el hombre! No hace mucho se compró la casa en que vive; áura ha adquirido una Quinta junto al arroyo... ¿De ánde saca p'a tanta misa? Negocios no se le conocen, la suvención de la municipalidá no es cosa y los cinco o seis vigilantes que se come y no aparecen más que en la planillas no dan p'a esos milagros... ¡Él ha de mojar no más en los a-bi-ge-a-tos!

Los otros grupos de independientes y opositores explanaban el mismo tema y compartían la misma opinión: el gran cuatrero, pudiera o no pudiera probarsele, era indudablemente el comisario Barraba, quién sabe si con la compicidad de otros funcionarios, pero, en cualquier caso, con su tolerancia... “La corrupción del poder - como decía *La Pampa* - es tan contagiosa, que cuando invade un cuerpo no deja un solo miembro libre, y luego sigue tranmitiéndose alrededor, de tal manera, que todos vienen a quedar infestados, si se descuidan.”

-Así te diera yo a vos alguna coima, y veríamos - refunfuñaba el señor comisario, para sus grandes bigotes.

Entretanto, el escándalo y la indignación pública iban subiendo de punto. Ya no era únicamente *La Pampa* la que revelaba y consideraba los robos de hacienda, pintando a Pago Chico como una cueva de ladrones; los periódicos de la capital, informados por parte interesada, comenzaron también a poner el grito en el cielo, espantados de que tales

cosas ocurrieran en la "la primera provincia argentina", mientras el gobierno, llamado a velar por los intereses generales, se hacía el sordo al clamor creciente de los despojados, convirtiéndose en encubridor y fomentador de bandoleros.

Aunque la superioridad continuara sin inmutarse, sorda como una tapia y muda como una piedra, Barraba comenzó a sentir sus recelos...

-¡Hay que hacer algo!- se decía, multiplicando sus inútiles salidas de persecución de cuatreritos y vagabundos, incomodado por las irónicas sonrisas y los ademanes burlescos con que ya se le atrevían los vecinos al verlo pasar...

-Sí - peroraba don Ignacio una noche en la botica -, cuatrero es cualquiera, cuatreritos somos todos; ¿cómo lo he de negar? Los mismos piones que tengo, mañana se irán y me robarán la hacienda; pero mientras estén en mi casa no, porque lo parecería demasiada ruindad. El vecino roba al vecino en cuanto se mestran los animales, o a las gatas tienen ocasión. Roba el que pasa sin mal intención por un campo, si tiene hambre y está solo y le da gana de comerse una lengua de vaca o un dindio asado de cordero... Le roba el paisano haragán que vive "con permiso" en el rancho que alza en un rincón de su campo, y que con cuatro o cinco vacas tiene carne toda la vida, y con una majadita de cuarenta o cincuenta ovejas vende casi más lana y más cueros que usted. ¿Y sabe para qué tiene animales? ¡Bah! ¡si le dan trabajo!...tiene para el derecho a la marca y las señas con que se apropia de todo lo orejano que le cae cerca!...Le roba el alcalde, que ya comienza a ser autoridad, y no tiene miedo que lo castiguen... Y por lo consiguiente, las demás autoridades...

-¡Pero esto es Sierra Morena! - exclamó el doctor Pérez y Cueto, exagerando aún su acento español-. Y el gobierno de la provincia debería ...

-Ya le he dicho- interrumpió don Ignacio - que el gobierno no tiene columna más fuerte que el cuatrero, ya sea de profesión, ya por pura bolada de aficionado. Los cuatreritos son sus primeros partidarios; éstos son los que eligen los electores, los diputados, los municipales; éstos son los que sostienen, junto con los vigilantes, a la autoridad del pago, y de ahí el mismo gobierno. Y para pagarles, el gobierno los deja vivir, ¡es natural! En tiempo de elección les hace dar plata, pero como no puede estar dándoles el año entero, los contempla cuando comienzan a robar otra vez...

Todos apoyaron. El doctor Pérez y Cueto se había quedado meditabundo. De pronto alzó la cabeza y dijo con énfasis, recalando mucho las palabras:

-Esa especie de connaturalización con el cuatrero, que lo convierte casi en una tendencia espontánea y general, debe tener y tiene sin duda su explicación sociológica. Pero ¿cuál? ¿Será el atavismo? ¿Se tratará en este caso de una reaparición, modificada ya, de los hábitos de los conquistadores y primeros pobladores, acostumbrados a considerar suyo cuanto les rodeaba, por el derecho de las armas y hasta por derecho divino? ... La herencia moral de este país no es, indudablemente, ni el respeto a la propiedad ni el amor al trabajo...

Profundo silencio acogió estas palabras que nadie había comprendido bien, y el doctor Pérez y Cueto dio las buenas noches y salió, para correr a repetirselas a Viera, deseoso de que no se perdiesen...

Poco después entró en la trastienda Tortorano, el talabartero, restregándose las manos y riendo, como portador de una noticia chistosa.

-¿Qué hay? ¿Qué hay? - le preguntaron en coro.

-¡Barraba ha salido con una partida, a recorrer !... - exclamó Tortorano -. y hace un rato gritaba en la confitería de Cármine que de esta hecho no vuelve sin un cuatrero, ¡muerto o vivo!...

Todos se echaron a reír en carcajadas, festejando con chistes, dicharachos y palabrotas la declaración del comisario...

Y, sin embargo, éste supo cumplir su palabra...

Cuando ya regresaba, al amanecer, con las manos vacías - ¿y a quién tomar, en efecto, si no se tomaba a sí mismo? -, después de haber pernoctado en una estancia lejana, Barraba vio un bulto voluminoso y lejos de toda habitación. El individuo iba hundiéndose en la niebla, todavía espesa, de una hondonada, junto al arroyo medio oculto por las grandes matas de cortadera. Barraba, entrando en sosopechas, espoleó el caballo para reunírsele. ¡Su buena estrella!...

Cuando lo alcanzó no pudo ni quiso retener un sonoro terno, mitad de cólera, mitad de alegría:

-¡Ah, ca...nejo! ¡Al fin caíste!...

El hombre iba cargado con un hermoso costillar bien gordo y un cuero de vaca recién desollado: iba sin duda a esconderlo en alguna cueva de las barrancas del arroyo, pues, ya de día claro, no era prudente andar con aquella carga, a vista y paciencia de quien acertara a pasar por allí... Al oír el vozarrón del comisario que se echaba a rienda suelta, tiró cuero y costillar y trató de correr a ocultarse entre un alto fachinal que allí cerca entretejía su impenetrable espesura. Pero Barraba, más listo, le cortó el paso con una hábil evolución.

-¡Ah, eras vos! - exclamó al ver enfrente a Segundo, pobre paisano viejo, cargado de familia, que se ganaba miserablemente la vida haciendo pequeños trabajos sueltos-. ¿Conqu'eras vos, indino, canalla, hijuna!... ¡Tomá, sinvergüenza, ladrón, bandido!

-¡Bueno! ¡Que le pongan el cuero de poncho y lo hagan pasear por la plaza hasta nueva orden! - gritó Barraba.

La plaza era, como es sabido un inmenso terreno de dos manzanas, sin un árbol, sin una planta, sin una matita de pasto, en que el sol derramaba torrentes de fuego, como si quisiera convertir en ladrillo aquella tierra plana e igual, desolada y estéril.

El comisario salió en mangas de camisa, con el mate en la mano, a presenciar el cumplimiento de su orden.

El cuero, fresco y blando, fue desdoblado; con un cuchillo hízosele en el centro un tajo de unos treinta y cinco centímetros de largo... Segundo fue conducido al patio, donde se ejecutaba esta operación; casi no podía tenerse en pie... Lo obligaron a meter la cabeza por el boquete del cuero, y uno de los agentes alisó con cuidado los pliegues, ajustándolos al cuerpo.

-¡Lindo poncho fresco... de verano! - exclamó Barraba, chanceándose alegre y amablemente.

Los que estaban en el patio- y sobre todo el escribiente Benito, aquel que "era más bruto que un par de boras" - festejaron el chiste del superior, riendo con más o menos estrépito... según su jerarquía.

Segundo callaba, sintiéndose aún de lo que iba a suceder. Por delante y por detrás, el improvisado poncho llegábale a los pies; a ambos lados, partiendo de los hombros, se abría como una especie de esclavina.

-¡Bueno, marche! - mandó el comisario -. ¡Y con centinela a la vista! ¡Que no se pare; y se se para, déle lazazos no más!

El viejo salió tropezando, seguido por vigilantes. Cruzaron la calle, entraron en la plaza y comenzó el paseo... En los primeros momentos, las cosas no anduvieron demasiado mal.. Uno que otro vecino, asomado por casualidad, y viendo el insólito aspecto del hombre vestido con tan extraño poncho, se apresuró a inquirir de qué se trataba. La noticia cundió. Entreabrióronse puertas y ventanas, dejáronse ver cabezas de hombre, mujeres y niños; un rato después comenzaron a formarse grupos en las aceras con sombra y a volar comentarios de unos a otros:

-Es Segundo.

¡Pobre! ¿Y qué ha hecho?

-Parece que lo han pillau robando animales....

-¡El! ¡Bah! ¡No es capaz!

-¡Un viejo infeliz!

-¡Qué quiere, amigo! ¡La sogá se corta por lo más delgado!

Pago Chico entero no tardó en hallarse reunido alrededor de la plaza, y el gentío era aún más numeroso que el día de la fracasada ascensión del globo aerostático. No quedó un perro en su casa, y en ámbito asoleado zurría un zumbido de colmena.

El paseo de Segundo continuaba hacía ya una hora. El desdichado Barraba reía con los suyos en la oficina:

-¡Poncho de verano! ¡Qué gracioso!... Miren que poncho de verano

.....

Párrafo del editorial aparecido al día siguiente en *El Justiciero*, periódico oficial de Pago Chico:

"El comisario Barraba ha satisfecho ampliamente la vindicta pública y merece el aplauso de todas las personas honradas, pues la terrible y merecida lección que acaba de dar a los cuatreros hará que cesen para siempre los robos de hacienda, aunque algunos lo tachen de cruel y arbitraria, amigos como son de la impunidad. ¡Siempre que extirpe un vicio vergonzoso y perjudicial, una aparente arbitrariedad es evidente buena acción!"

Dos meses después Segundo estaba en Sierra Chica, su familia en la miseria y el señor comisario se compraba otra casa....